



La canción de la
luciérnaga







*A María del Carmen Nava,
mi verdadero amor.*







*Entierro mi cabeza en la almohada
y sueño con mi verdadero amor...
Estoy remando hacia ti
en el grandioso océano oscuro.*

Caravaggio







CAUSA PERDIDA

*La de David González
es una causa perdida
contra mil años
de cuentos de hadas¹.*

Pero una causa, Ainhoa,
no está perdida
hasta que nadie
lucha por ella.

¹ Ainhoa Sáenz de Zaitegui.





TATUAJE

El revólver,
un Colt 45,
en el hombro derecho.

Me lo tatuaron
en una celda
de la cárcel de León
durante una cunda² de presos.

El revólver,
un Colt 45,
en el hombro derecho,
al alcance de mi mano.

Menos mal,
me da por pensar,
que solo se trata
de un inofensivo

tatuaje.

² Conducción





EL MUÑECO

Se me antojó un muñeco,
un playmobil edición limitada,
del poeta y dramaturgo alemán
Johann Christoph Friedrich Schiller.

Cuando llegé a mi casa,
Schiller
colocó papel y un tintero
sobre su escritorio,
acercó la silla a la mesa,
mojó su pluma en el tintero
y empezó a escribir.

Me fijé en su pluma
y más que una pluma me pareció,
me lo sigue pareciendo,
un cuchillo o una espada
y en ese momento lo comprendí:

la poesía
es todo aquello que te deja
cicatrices
en el alma,
en la piel y
por supuesto
en el corazón.



PUNCHING BALL

Cuando aún no había
cumplido siete años,
el hombre de la cicatriz en el ojo
me regaló un saco de boxeo
de pie
de mi misma estatura.

y Me calcé los guantes
le aticé un certero puñetazo,
con la derecha,
en mitad de la cara.
Cayó hacia atrás
hasta casi rozar el suelo,
como un junco
golpeado por el viento,
pero enseguida,
cogiéndome desprevenido,
rebotó y su cabeza
me golpeó en el rostro.

Con su ejemplo,
aquel punching ball,
con el que intercambié
infinidad de golpes
me enseñó a pelear
y me enseñó algo todavía más importante:
me enseñó a no rendirme nunca,





algo que me vendría muy bien más adelante
cuando yo mismo
y hasta la noche de hoy
y sin pretenderlo
me convertiría también
en otro saco de boxeo
siempre de pie.





INVIERNO

Tres de la tarde
del día de la primavera
de cualquiera
de estos últimos cuarenta años.

Estoy al sol
en la ventana de mi estudio
contemplando la mar del Cantábrico,
la gente que pasea por el rompeolas
y el pequeño velero que se va.

Estoy al sol
en la ventana de mi estudio
en lo que a primera vista parece
una alegre y soleada tarde primaveral,

pero es invierno,

aunque sean las tres de la tarde
del día de la primavera
de cualquiera
de estos últimos cuarenta años:

ella, Nava, la mujer de mi vida,
no está conmigo al sol
en la ventana de mi estudio
de la Plaza de la Soledad.





Invierno,
ya te lo he dicho.





CUANDO VENGAN

Érase una vez
en la plaza ya rendida de mi infancia,
 la Plaza de la Soledad
uno de esos tenderos
de mandil gris
y lápiz mordido en la oreja
que poseía en propiedad
dos vehículos a motor:
un Citroën GS y un dos caballos gris,

y al que la vecina de enfrente,
la del segundo,
una mujeruca amiga de cuentos y mentiras,
solía gritarle con verdadera inquina:

*¡cuando vengan los comunistas
te lo van a quitar todo
para repartirlo entre nosotros los pobres!
¡Cuando vengan los comunistas!*

Sin embargo, vinieron los mismos,
vinieron los mismos de siempre,
siempre vienen los mismos,
y al lápiz del tendero se le agotó la mina,
la mujeruca abrió su propio negocio,
una carnicería,
y sus hijas casaron con dos coches de alta gama





y no repartieron nada entre nosotros los pobres.

No repartieron nada entre nosotros los pobres.

Así que todavía hoy,
tantísimos años después,
el chiquillo que escribe este poema,
siempre que se le presenta la ocasión,
abre la puerta de la carnicería y grita:

¡Cuando vengan los comunistas!